



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLVIII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM. 14018

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la PENÍNSULA: Un mes, 1'50 ptas.—Tres meses, 4'50 id.—EXTRANJERO: Tres meses, 10 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 15 de cada mes.—La correspondencia a la Administración.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN, MAYOR, 24

JUEVES 20 DE AGOSTO DE 1908

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Correos postales en París: Mr. A. Lorete, 14, rue Rougemont; Mr. J. Jones, 31, Faubourg-Montmartre.

España, potencia naval

Aun cuando nuestra Patria carece de poder naval, no puede en realidad decirse que las grandes potencias marítimas desdeñan su amistad, como lo demuestra la frecuencia con que las Escuadras extranjeras visitan nuestros puertos.

Hace pocos días, una potente flota alemana, mandada por el príncipe Enrique de Prusia, visitaba nuestro archipiélago canario; ahora acaba de visitar el puerto de Barcelona la Escuadra inglesa, mandada por el almirante Druy, y en la cual iba el príncipe Luis de Batemberg y vicealmirante británico.

No hace mucho visitó también el puerto barcelonés una división de acorazados austríacos, y con frecuencia los del Noroeste son visitados por casi todas las escuadras principales del mundo. Todo ello evidencia que la amistad de España es cordial con las grandes potencias navales, y que, al presente, no hay ninguna clase de nubes en nuestro horizonte internacional.

Pero eso mismo debe servir de estímulo para que nuestra patria se apresure a obtener el poder marítimo que tanto necesita: y sin el cual no podrá corresponder á esas cordialidades sino es, de una manera indirecta; á la altura en que hoy se encuentra España en punto á relaciones internacionales; pues es de todo punto imprescindible que se encuentre en condiciones de alternar con las grandes naciones que por nuestras gloriosas tradiciones nos consideran como presentes en el concierto internacional.

Sean las que quieran las circunstancias en que se desenvuelvan los problemas políticos de España, nuestra Patria no puede prescindir de tener una Escuadra moderna y eficiente; y ya que no sea todo lo numerosa que sería de desear, á lo menos debe estar constituida por unidades tácticas que no desmerezcan de lo que hoy forma el núcleo más importante de las flotas modernas.

La misma opinión pública, cuando consiga ver que la Escuadra nacional deje de ser una aspiración, cuando se persuada de que es una realidad, se sentirá más dueña de sí misma y con alientos para continuar con decisión y firmeza la obra árdua, pero meritoria, de nuestra reconstitución en todos los órdenes de la vida social.

Sin una potente Escuadra, sin una Marina bien organizada, no es posible que la nación se sienta con ánimos para recorrer el calvario de sacrificios que las consecuencias del desastre colonial le han impuesto. Teniendo buenos barcos de guerra la nación se siente fortificada, no se considera huérfana y aislada y recobra todas sus energías para volver á figurar dignamente entre las grandes potencias cultas.

Una nación como la nuestra no puede prescindir de poseer una Marina de guerra adecuada á sus necesidades tanto nacionales como las que se derivan de su política exterior, y hoy con mayor razón, considerando que España ha salido afortunadamente del aislamiento internacional en que se encontraba y que tan caro le ha costado, supuesto que por virtud de él se vió envuelta en tan graves complicaciones que determinaron y precipitaron la pérdida de nuestro dilatado y rico imperio ultramarino.

Notas alegres

Los que ríen y los que lloran

Está más que visto y probado que la humildad; inapreciable talismán que sirvió al Divino Maestro para redimir al género humano, es al presente una flor marchita, cuyo aroma en otro tiempo delicado, no sabrían apreciar los olfatos positivistas que al presente se estilan.

Nada hay que más dignifique y ennoblezca á los verdaderamente grandes, como la humildad: pero, ¿quien la ensalza y practica en estos calamitosos tiempos en que hasta las gentes más enanas se llenan de fatuidad por dentro y de avalorios y brillantes de boro por fuera?

Hasta quienes debieran cultivar a con esmero considerándola como planta de estufa, y la recomienda para los demás, parece que tienen á gala en denigrarla é insultarla con tujos desmedidos y vanidades ridículas.

Savonarola, el ilustre dominico italiano, volvía á ser sacrificado en nuestros días si predicase ahora nuevamente el desprecio de las riquezas.

En cambio la vanidad está en todo su auge y esplendor, y rebosa malas pasiones y peores resabios por todos sus poros, como se suele decir. La vanidad es el antifaz de los pobres de espíritu, algo así como la piel de león con que se disfrazaba el asno de la fábula, ó el irrisado atavío del pavo real, con que cubría sus antipáticas plumas el grajo del cuento.

Cuando por rara casualidad se encuentra uno en el trato social con individuos humildes de condición, pero sobre todo de alma, enseguida parece que se apoderan de todos nuestros sentimientos. La verdadera humildad es como el imán, que atrae las partículas de hierro. Su fuerza de adhesión es tal, que nada ni nadie la puede resistir.

Gusta verla en los demás, pero son pocos los que se sienten con ánimo suficiente para ejercerla; y aun cuando por su sencillez y su modestia cautiva, no persuade en una época como el actual en que la nota característica pudiera expresarse por la parodia siguiente: «Engañaos los unos á los otros».

Vais por la calle, ó en el tranvía, asistís á algún espectáculo público ó particular y no podéis asegurar si las personas que os rodean son títulos del reino ó escribientes meritorios de cualquier oficina; porque todos cuantos concurren al mismo sitio van vestidos con análoga elegancia y con arreglo al mismo figurín ó á la misma moda.

Habrà entre ellos quien lleve una cartera repleta de billetes de Banco, y también quien por todo capital tenga en algún bolsillo unos cuantos perritos chicos; pero si á unos y á otros los miráis atentamente á la cara, os convenceréis enseguida de que están hinchados de vanidad: los unos, para que no se les tome por los otros, y los otros, para que se les confunda con los unos.

En el castigo llevan toda la penitencia, por que, en realidad, chantos son esclavos de la vanidad están desplazados ó fuera de su sitio, y, por consiguiente, no son felices ni pueden disfrutar la inesfable satisfacción de la tranquilidad de conciencia, porque, ¿quién sabe!, acaso los unos han amasado sus riquezas y su engrandecimiento con lágrimas de sus víctimas, y tal vez los otros explian con su falsa posición y sus apariencias engañosas, culpas graves de soberbia

ó de justicia, que les obligan á sonreír por fuera y á llorar por dentro.

ABEL IMART.

MARINA Y COMERCIO

Los puertos y el comercio marítimo

El desenvolvimiento de los puertos está íntimamente ligado con la baratura del flete; y para que el flete esté bajo, es indispensable que los barcos puedan hacer cargamentos completos.

Si, por el contrario, tienen que entrar en muchos puertos para dejar ó tomar en ellos mercancías ó cargamentos pequeños, necesitarán forzosamente aumentar el flete para compensar sus gastos de escala.

Es, pues, evidente, que si los buques pueden elegir entre varios puntos de destino, siempre tendrá preferencia por aquellos puntos en que puedan realizar cargamentos de mayor importancia.

Por otra parte, el comercio preferirá siempre los puertos ó las salidas frecuentes que le aseguran una pronta y económica expedición de sus mercancías; de todo lo cual se deduce, que un puerto perfectamente enlazado por servicios regulares y numerosos á todos los mercados del mundo, será al propio tiempo, el mismo, por la fuerza de las cosas, uno de los mayores y más importantes mercados.

A primera vista parece que todo depende de las compañías de navegación, á las cuales corresponde establecer líneas de navegación regulares; pero aun en esa hipótesis, sería menester que los puertos satisficgan desde luego á las condiciones que la marina mercante tiene derecho á exigir de ellos.

La solución del problema de los fletes y de los grandes mercados, no es sólo una cuestión de armamento marítimo; para que un puerto prospere, es preciso, ante todo, que las mercancías puedan afluir á él de todo el interior á que él sirve, ó á la inversa que pueda dar salida á todas las mercancías que afluyen del interior y que no tenga otro punto de salida.

Revistas y periódicos

Las guerras futuras serán notables por la lucha entre cañones y dirigibles: los técnicos de la artillería cuidan de resolver el problema. El capitán Hildebrandt da, en el «Berliner Lokal Anzeiger», algunas noticias acerca de esos estudios. Los globos militares no son de reciente creación; aparecieron por primera vez en el campo de batalla en 1793, durante el sitio de Condé; luego en 1794 en el asedio Naubeuge, con gran terror de los soldados austríacos, pero no dieron resultados prácticos hasta la guerra franco prusiana de 1870. En 7 de Octubre de dicho año, un globo trasladó á Gambetta fuera de París. La casa Krupp construyó por aquel tiempo un cañón especial contra los globos. Cuando en 1880 se adoptaron los globos en todos los ejércitos, empezaron los estudios para cañonearlos. La mayor dificultad consiste en saber á qué altura navegan. Se emplea, para tal objeto, anteojos cuyos lentes están provistos de un reticulado de un dieciséisavo de grado. Si el objeto ocupa el espacio de uno, dos ó tres cuadrados del reticulado, se consulta una tabla especial, y, si se sabe el diámetro del globo, se obtiene la contestación deseada. Según esta tabla, un objeto que tenga un tamaño de 3'30 metros y ocupe un dieciséisavo de grado, está á 3'000 metros de altura. Uno de 9'9 metros que llene igual espacio, está á 9'000. Los globos franceses, que tienen, por regla general, un diámetro de 10 metros, si ocupan un cuadrado del reticulado viajan á 9'000 metros de altura. El bombardeo del aerostato á tal altura es imposible. El autor del artículo sostiene que conviene inventar un cañón especial contra los dirigibles, pues, de lo contrario, no se les podrá ofender desde tierra.

Si repugnan los ejemplos de invencible avaricia en artistas que tienen posibilidad de mantener la dignidad del arte, producen en cambio profunda tristeza los casos en que algunos nobles artistas se vieron obligados á faltar á esa dignidad, á causa de los apuros que les agobiaban. Gluck, el gran músico del siglo XVIII, «el tintero de los músicos», tuvo que sos-

tener duros combates para hacer prevalecer sus teorías y en una ocasión vióse obligado á competir con los titiriteros de feria.

En Londres, en 14 de Abril de 1746, —dice la «Revue»,—dió, para recoger algún dinero, un concierto con «velitiscis vasos», que resultaban armoniosos entre sí gracias á la diversa cantidad de agua que contenían. El desgraciado músico se anunciaba así: «Se trata de un nuevo instrumento inventado por el señor Gluck, compositor de óperas, y por medio del cual espera satisfacer á los curiosos y á los amantes de la música»...

Las buenas tradiciones se pierden; ya no se sabe bailar. Esta observación la hace el Sr. Givre, maestro coreógrafo de la Opera de París. Parece que en tiempos de Luis XIV se observó algo parecido; pero el melenudo monarca remedió el daño instituyendo una academia de baile en su buena ciudad de París. Ahora ha pasado el tiempo en que los reyes protegían el baile, y el señor Givre debe buscar por sí mismo el remedio de contener la corrupción y decadencia observadas. Hace poco ha reunido en Berlín un congreso internacional de maestros de baile, al cual acudieron los coreógrafos más famosos del mundo entero: Crompton, de Londres; Robertson, de Dublín; Pichetti, de Roma; Bugus, de Viena; etc.

El congreso ha comprobado que el mal que señala el señor Givre existe, y propone para combatirlo la creación de una asociación de maestros de baile con el objeto exclusivo de salvar el arte; exigir un examen riguroso á cuantos soliciten el título de maestro de baile; la adopción de un lenguaje coreográfico universal. Los términos técnicos serán franceses. El congreso ha promulgado los bailes nuevos para 1908-1909: la «Frühlingsboten» (mensajero de primavera), del profesor Knoll; el «Vals corriente», del profesor Crompton; la «Vague», del profesor Lefert y la «Gavota vals», del profesor Zorn. Así lo dice «Le Figaro».

«Usted no inventará la pólvora», se suele decir, «Fulano no inventó la pólvora», para significar que no tiene grandes alcances. Se es injusto con la gente. Aun cuando alguien inventara

Biblioteca de EL ECO DE CARTAGENA 129

masocho fué tan sorprendente, tan maravilloso, que le resultó durante los primeros momentos hasta terrible. El se le acordó como quien ve una aparición sobrenatural; y se acordó conpleto de todas las leyes establecidas en el mundo en que había vivido.

El joven tenía á la sazón veintidós años; era gallardo, moreno como su padre, y con toda la seriedad de éste. Iba vestido con un traje bastante obscuro, de género muy suave; traje ajustado y cómodo, que hacía resaltar su varonil apostura. La cabeza le llevaba descubierta, como siempre.

Quedaron mirándose, atónitos, sin dar crédito á sus ojos, y con el corazón latiendo violentamente. Aquel momento, el más importante de la vida de ambos, fué imprevisto, casual, sin más preparativos que la casualidad.

Redwood sintió menos sorpresa; y á pesar de que había presenciado y presenciado á la princesa, su expresión le iba violentamente.

—Se acordó á ella, después y mirándola.
—¿Es usted la princesa?—le dijo.—Mi padre me ha hablado de usted, y me ha referido que se crió con el príncipe de los dioses.

—Sí, soy la princesa—le contestó la joven.—Pero ¿usted, quién es?

—Yo soy hijo del que inventó el alambique de los dioses.